

# EL LLANTO de las TIROIDES

Jorge Torres



# Capítulo 1

## EL LLANTO DE LAS TIROIDES

En el correr de la vida uno se termina acostumbrando resignadamente y llega de alguna manera a comprender que la traición es inherente a la condición humana, lo podemos ver cotidianamente como maridos traicionan a sus esposas; esposas hacen lo propio con sus maridos. Novios y amigos en algún momento, es como que están predestinados a la felonía.

Si nos vamos a traiciones más sublimes, las deslealtades incentivadas por el poder o el dinero. Alcanzaríamos a contarlas por millares. Desde el pujante imperio romano, donde sus cesares caían presa de las siniestras armas de sus hombres de máxima confianza, hasta los magníficos sultanes del imperio otomano que eran arrancados de sus tronos degollados por sus propios hijos, en actos de una crueldad que excedían ampliamente la traición. La bíblica traición de Judas, por nombrar una aberración religiosa o bien las innumerables ingratitudes que el dinero ocasiona en las familias más unidas.

Creo que para todas estas deslealtades estamos ampliamente preparados, hoy día es como que ningún acto de esas características nos sorprendería demasiado. Podríamos llegar a aceptarlo como inherente a la controversial especie humana, como antes expresara, mal que nos pese.

Si bien somos consientes y lo tenemos de hecho bien asumido que la traición es un hecho cotidiano, no todo nuestro organismo esta preparado para tal vil evento, y el siguiente relato pretende confirmar tal aseveración, cierto día muy cansado de soportar la agobiante rutina que me postraba, decidí realizarme un estudio de rutina, que me revelo que el alto mando de mi organismo había iniciado un cobarde ataque, totalmente malicioso y extemporáneo, con el objeto de demostrar su única y autentica potestad contra mi indefensa tiroides. Ejércitos y brigadas de anticuerpos lanzaron ataques devastadores contra la pequeña glándula solo protegida con una débil coraza de nuez.

Los mismos no cesaban de clavar sus hirientes lanzas en el inflamado interior de la glándula, ocasionándole heridas penetrantes que la humillaban ante las demás glándulas que de hecho ni intentaban socorrerla.

El cerebro en un acto de traición incalificable ante la abnegada e indefensa y laboriosa glándula, no hacía más que arengar a sus tropas para alistarse en nuevos ataques, enarbolando banderas y pancartas de gluten, que incitaban a las tropas de anticuerpos para que se agitaran enardecidas y corrieran por el torrente sanguíneo habidas de clavar sus falanges en el débil sujeto de tan aberrante traición. Arremetiendo con furia descomunal, dejando hasta sus dientes y uñas clavadas en ella, con tal de provocar una laceración más, en el traicionado cuerpecito.

En su indefensión, sin nadie en el organismo que la pudiera proteger de este vejamen, la debilitada tiroides solo podía verter ante su impiadoso enemigo, una suplica acompañada de su llanto de tiroxina, que mi cuerpo impotente escuchaba rizándose entre pruritos y escozores.